
PRÓLOGO

Que la historia de México anterior á la llegada de los españoles, está envuelta en leyendas, ó más bien, que lo que llamamos historia es una serie de leyendas, entre las que apénas pueden distinguirse algunos rasgos verdaderamente históricos, cosa es que la crítica moderna va poniendo en claro, cada dia.

Débese esto, en primer lugar, á que tal es el carácter constante de las tradiciones históricas en los pueblos primitivos; y en segundo, á que los monumentos escritos (aunque con escritura geroglífica) que poseian los antiguos habitantes de este país, y que podian haber dado alguna luz sobre los sucesos pasados, se perdieron en su mayor parte, segun lo atestiguan los escritores del siglo XVI.

Aunque no sea verdad que Zumárraga haya destruido los más importantes documentos y pin-

turas de la antigüedad azteca, sí es un hecho incontrovertible el de que los primeros misioneros españoles del siglo XVI, por un celo piadoso, pero indiscreto, despedazaron ídolos y piedras esculpidas, destruyeron pinturas y otros monumentos que contenían los anales religiosos é históricos de muchos pueblos que habitaban lo que hoy se llama México.

De modo que los primeros cronistas que algunos años despues de la ocupacion española, se empeñaron en recoger datos para reconstruir la historia de las naciones indígenas, por más que algunas veces se envanezcan de poseerlos muy buenos, la verdad es: que no contaron más que con documentos mutilados, con relaciones incompletas é informes, y lo que es peor, con fábulas inventadas adrede, sea para halagar el espíritu de los misioneros, sea para engañarlos. Aun podemos atrevernos á creer que los mismos misioneros forjaron gran parte de estas fábulas, á fin de satisfacer la curiosidad europea, ávida de maravillas y de consejas. En aquella época, no sólo los escritores españoles, sino todos los europeos, frailes y no frailes, fueron fecundos en tal materia.

Así se hizo la historia de México, y así ha quedado. El excepticismo contemporáneo tiene esa clave para juzgar de semejantes narraciones, y la crítica de hoy, esta crítica formidable que echa

abajo las consejas de la vieja historia griega, de la historia romana, aceptadas durante millares de años; que echa abajo las leyendas religiosas respetadas por cien generaciones; que analiza, que desmenuza los gigantes de arcilla del pasado; esta crítica, que armada con su buen sentido, como con una maza, penetra como Mahmoud el Gaznevida, en todas las pagodas, y despedaza todos los ídolos, con mayor facilidad puede arrojar de sus pedestales de trescientos años á los pobres fetiches que se han adorado hasta aquí, en el frágil templo de nuestra historia antigua.

Pero miétras que esto sucede, en tanto que no aparezca un Champollion mexicano que nos descifre los geroglíficos del Palenque y de Mitla, de Chichen-Itza y de Xochicalco, ó que nos interprete los pocos manuscritos indios que nos quedan, sin arbitrariedad y sin fantasía, tenemos que contentarnos con la historia, tal como está, sin creerla por supuesto, si no es con grandes reservas, y guardándola como se guarda un saco de arena, que puede contener algunos granos de oro.

Esto, como historia, se entiende, que como elemento poético, ya es otra cosa. Como elemento poético, si no es tan rica nuestra coleccion de leyendas, como lo son las de otros países, sí es abundante, y puede suministrar numerosos asuntos al novelista, al poeta épico, al poeta lírico y

al poeta dramático, así como al pintor y al escultor.

Testigos son de ello las varias leyendas en verso y en prosa que algunos escritores mexicanos, y aun extranjeros, han publicado, y que han sido inspiradas por estos asuntos de las tradiciones compiladas por los cronistas del siglo XVI.

Lástima grande que el número de ellas no sea mayor, pudiendo serlo, pues, al ménos, ya que no con una literatura histórica, podríamos contar con una literatura romanesca y legendaria bastante para formar el fondo de una literatura nacional. No se narraría el suceso verdadero, pero se tendría la fisonomía del pueblo antiguo, la descripción del paisaje y de las costumbres, algo que fuera propio y típico. Así se ha formado en otras naciones, y desde la antigüedad, una literatura semi-histórica importante, de la que despues han sacado bastante provecho el filósofo, el crítico y aun el mismo historiador.

Es de esperarse que nuestra juventud, ávida de renombre, y poseyendo talentos adecuados al objeto, se consagre á explotar estos filones vírgenes, escondidos en los viejos cronicones de los antiguos conventos, hoy raros en nuestras bibliotecas, ó en las tradiciones orales que conservan los ancianos en las poblaciones de los campos y de las montañas.

El ejemplo está dado ya. Hay novelas, hay pequeños poemas, hay dramas, debemos repetirlo, cuyo asunto está sacado de la tradicion escrita ú oral. No hace mucho tiempo todavía que un poeta mexicano, Eduardo del Valle, publicó su hermosa leyenda "Coyolicaltzin," basada en una tradicion zapoteca.

Y hoy, un escritor estudioso y erudito, hijo del Estado de Oaxaca, Manuel Martínez Gracida, publica un libro que contiene la reseña entera de la cual Eduardo del Valle sacó el asunto de su poema.

Martínez Gracida intitula su libro "El Rey Cosijoeza y su familia, reseña histórica y legendaria de los últimos Soberanos de Zachila." Historia y leyenda; esto es, algunos sucesos consignados en las crónicas escritas por los frailes y los anticuarios, y tradiciones orales recogidas con singular empeño y laboriosidad por el autor, ya bien conocido por sus excelentes trabajos estadísticos é históricos de Oaxaca.

Martínez Gracida no pretende, pues, publicar un libro rigurosamente histórico. Ha buscado en los libros escritos por los misioneros entre las naciones zapotecas, y en aquellos que relatan las conquistas de los mexica en la parte sudeste de nuestro territorio, lo que se cree más autorizado para caracterizar el suceso histórico, y, como es

natural en quien escribe sobre cosas antiguas de México, no ha podido sustraerse á la necesidad de mezclar en su relato la leyenda. Léjos de rechazar ésta, la ha completado con tradiciones locales, con descripciones hechas á la vista de los lugares en que se verifican los sucesos que narra, y con la interpretacion inteligente de las palabras del idioma peculiar de aquellos pueblos. Así pues, su obra no es una obra crítica; es una simple narracion, tal como puede hacerse con los elementos actuales; todavía más: es, por su estilo, más bien una leyenda, con sólo algunos caracteres históricos, pero leyenda que presenta bien marcada la fisonomía del antiguo pueblo zapoteca.

En la forma se va á encontrar una novedad, al ménos en un libro mexicano, y que se debe á un capricho del autor, tal vez al deseo de dar amenidad y variedad á la lectura, á saber: la mezcla, en varios capítulos, de la prosa con el verso. Como la leyenda relativa al casamiento de la hermosa mexicana Coyolicaltzin con el señor de Zachila, es la misma que relata en verso Eduardo del Valle; el escritor oaxaqueño ha tomado muchas de las bellas estrofas del poeta mexicano para mezclarlas á su prosa, especialmente en los diálogos.

Decimos que es una novedad en un libro mexicano, porque no lo sería en el extranjero, en donde hay ejemplos de esta mezcla caprichosa; y pa-

ra no citar otros, bástenos recordar la bellísima novela de Waltter Scott, "El Monasterio," en la que siempre que habla la fantástica Dama blanca de Avenel, lo hace en verso, como un privilegio de su ser poético y sobrenatural.

No defendemos este modo de escribir leyendas. Sólo consignamos el hecho, pudiendo aun autorizarlo con un libro de otro género, en que no hay séres sobrenaturales, y que está escudado con un gran nombre, á saber: "La vita nuova" del Dante. Sólo que tanto en una obra como en la otra, hay la circunstancia de que los versos son del mismo autor de la prosa, lo que no sucede en el escrito del Sr. Martínez Gracida.

Éste contiene un trabajo que lleva como apéndice, muy digno de estimacion, y es: un Catálogo de nombres indígenas curiosísimo, y que servirá mucho para los estudios de la historia zapoteca.

Deseamos, pues, al laborioso y apreciable autor de "Cosijoeza" buen éxito, y más aún, que su ejemplo sea imitado por los jóvenes escritores de los diversos Estados de la República.

México, Setiembre 8 de 1888.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.